

Estos capítulos de *Memorias de un abanderado*, escritos por José María Espinosa, artista que perteneció al ejército de Antonio Nariño y combatió incansablemente por nuestro país, cuentan, con vivacidad y gracia, el heroísmo y la fraternidad con que los patriotas soportaron las crueldades a que fueron sometidos durante su cautiverio en Popayán, por la época de terror del “pacificador” Morillo. En sus páginas el lector podrá apreciar el fervor y la abnegación de quienes nos dieron la libertad; ellas son, quizás, las más bellas de cuantas han intentado hacerles justicia.

Leer es mi cuento 27

Leer es mi cuento 27

# Memorias de un abanderado

JOSÉ MARÍA ESPINOSA

Ilustrado por  
JOSÉ ROSERO  
Y FIORELLA FERRONI

Memorias de un abanderado



El futuro  
es de todos

Gobierno  
de Colombia



Biblioteca  
Nacional de  
Colombia

ISBN: 978-958-5488-69-4



9 789585 488694

Este libro es gratuito, prohibida  
su reproducción y venta





Leer es mi cuento 27

# Memorias de un abanderado

JOSÉ MARÍA ESPINOSA

*Ilustrado por*  
JOSÉ ROSERO  
Y FIORELLA FERRONI



\* \* \*

**MINISTERIO DE  
CULTURA DE COLOMBIA**  
Carmen Inés Vásquez  
**Ministra**

**MINISTERIO DE  
EDUCACIÓN NACIONAL**  
María Victoria Angulo  
**Ministra**

\* \* \*

**AUTOR**  
José María Espinosa

**Editor**  
Iván Hernández

**Ilustradores**  
José Rosero  
y Fiorella Ferroni

**Coordinadora editorial**  
Laura Pérez

**Comité editorial**  
Guiomar Acevedo  
María Orlanda Aristizábal  
Iván Hernández

\* \* \*

Primera edición, junio 2019

ISBN: 978-958-5488-69-4

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:  
[literaturaylibro@mincultura.gov.co](mailto:literaturaylibro@mincultura.gov.co)



## **Memorias de un abanderado**

*(Fragmento)*

JOSÉ MARÍA ESPINOSA

De aquí en adelante cesa la relación de mi vida militar activa como soldado de la patria, y con ella la de los hechos gloriosos, y aun heroicos, de mis compañeros de armas en el periodo a que se refieren estos apuntamientos, y sigue la de las aventuras personales del que estas líneas escribe, aventuras y episodios que, abstracción hecha de su persona, no dejan de tener interés, si se considera que todos sus conmitones, cual más, cual menos, sufrieron otro tanto, aunque no lo hayan escrito.

En estas páginas se verá a cuántos peligros, a cuántas privaciones y penalidades que hoy no se estiman, ni aún se conocen por la generación presente, estuvimos expuestos en aquella época, y especialmente en la del terror, que se inició con la entrada del bárbaro Morillo al país, y que es la misma que yo comienzo aquí. Pero todo lo sufríamos, no solo con resignación, sino con placer; aquella era una guerra gloriosa, como que era nacional, en que defendíamos nuestra autonomía y sacudíamos el yugo de unos amos que, de pacíficos y benévolos que eran antes, se habían convertido en arrogantes y tiranos, y miraban con desprecio a los criollos, que eran sus propios hijos. ¿Podrán experimentar la misma satisfacción los que hoy guerrean en miserables contiendas intestinas y luchas fratricidas por conquistar un puesto, de honor o de lucro, que es a lo que, en general, se reduce el patriotismo moderno y las aspiraciones de los bandos políticos, por más que se hable de principios? Entonces, en proporción del encono y venganza que respirábamos contra nuestros opresores, estaba la unión, la fraternidad y la armonía que reinaba entre los patriotas, mirándonos todos como hermanos, y, si pudo haber, y hubo, en efecto, rivalidades y emulaciones personales, había a lo menos desinterés y abnegación, y todo se subordinaba a la grande idea, al único y alto pensamiento de regeneración, que era el norte y el blanco de las aspiraciones de aquellos primeros soldados de la patria, de esos soldados que no pensaban entonces en las recompensas ni en las pensiones, sino, por el contrario, en sacrificar sus propios intereses, sin esperanza de recobrarlos algún día.

Después de haber salido sano y salvo en las ocho acciones de guerra anteriores, en que había combatido, sin haber sacado de ellas herida alguna; después de haber resistido a la fatiga, las enfermedades, el hambre y sed, la desnudez y desabrigo y todo lo demás de que se disfruta en nuestras guerras y, más que todo, a la excitación que produce en el ánimo la continua zozobra y alarma en que se vive, comenzaba para mí otra carrera muy diferente. La triste condición del cautivo hace al hombre más infeliz que la miseria, y preferiría uno mil veces la muerte a la servidumbre ociosa, y humillante por el ocio mismo a que se ve uno condenado y por la necesidad de meditar sin tregua, día y noche, en su amarga suerte y en su incierto porvenir.





6

Mis sufrimientos durante mi larga prisión fueron iguales, si no superiores, a los que había experimentado en tres años de laboriosas y crudas campañas. Es preciso haber sido prisionero de los españoles para saber lo que es saborear el refinamiento de la crueldad, y apurar el cáliz hasta las heces; siempre amenazados, siempre vejados, siempre designados para ser víctimas de un momento a otro, sus prisioneros se puede decir que eran más desgraciados que los parias y los ilotas. Esa dureza y crueldad de hombres tan brutales y ordinarios como don Juan Sámano hacían contraste con la lenidad, benevolencia y generosidad que, en lo general, observaban con ellos los patriotas, salvo uno que otro caso muy raro en que las circunstancias hacían necesario, según las leyes de la guerra, tomar justas represalias para contener la barbarie de los realistas, y de sus aprovechados discípulos los pastusos y patianos. El temor de estas represalias fue lo que salvó a Nariño, pues, cuando era prisionero de Aymerich y de Montes, también estaban en nuestro poder multitud de oficiales, y aun jefes, españoles, cuya vida habría corrido gran riesgo si

7

Nariño hubiese sido sacrificado. No se tuvo el mismo temor en Bogotá, cuando los fusilamientos colectivos de españoles, después de la batalla de Boyacá, pudieron haber comprometido la vida de muchas personas notables que aquellos tenían presas en Cartagena, y de los ingleses tomados en Portobelo al general MacGregor, todos los cuales se salvaron por una casualidad.

Nunca pude saber el número de prisioneros que tomaron los enemigos en la acción de la Cuchilla del Tambo, pero Sámano mismo en el parte que de ella dio a Morillo, escribe: «Se puede decir que han perecido o quedado prisioneros la mayor parte de los oficiales enemigos». En otro lugar agrega: «... de su infantería ninguno casi se salvaría, quedando todos muertos, heridos o prisioneros». Este testimonio imparcial prueba que cada patriota fue un héroe en esta batalla, y se estrelló contra un enemigo formidable, y aun Sámano lo confesó así en dicho parte, diciendo: «No se puede negar que acometieron con despecho estos malvados por todas partes, llegando hasta el pie de nuestros atrincheramientos».



La lista de los oficiales que fuimos encerrados en los calabozos de Popayán es la siguiente: José Joaquín Quijano, Esteban Mofú, Manuel Delgado, Mariano Posse, Rafael Cuervo, Diego Pinzón, José Hilario López, Francisco Paredes, José Toro, Pedro A. Herrán, José Moya, Agustín Ulloa, Joaquín Jaramillo, Manuel Santacruz, Alejo Sabaraín, Andrés Alzate, Martín Correa, Juan Pablo Esparza, Mariano Mosquera, Joaquín Cordero, Gabriel Díaz, Florencio Jiménez, Pedro Antonio García, Rafael Porras, Salvador Holguín, Modesto Hoyos, José María Espinosa, Isidoro Ricaurte, Pedro José Mares.

Fueron inmediatamente fusilados y suspendidos en la horca después de muertos, por falta de ejecutor de esta última clase de suplicio, los oficiales Andrés Rosas, José España y Rafael Lataza.

Los patianos nos condujeron a Popayán. No sé por qué me separaron de mis compañeros y me llevaron a un cuartel que estaba en la plaza. El oficial de guardia me dijo que iba a sacarme para que fuese su asistente o sirviente; que ya había escapado la vida, pues que los destinados a morir los llevaban a los calabozos de la cárcel. Me hubiera sido grata esta noticia si mis camaradas no hubiesen estado en próximo peligro de ser sacrificados, y me dolía estar separado de ellos. Pero el mismo día llegó al cuerpo de guardia un oficial, ayudante de Sámano, y preguntó: «¿Quién es aquí José María Espinosa?». «El señor», contestó el de la guardia, mostrándome a mí. «Sígame usted», me dijo el oficial, y me llevó a la cárcel. Al entrar al calabozo donde estaban mis compañeros, se dirigió a mí Rafael Cuervo, el inolvidable Rafael Cuervo, el hombre de la serenidad incontrastable y del valor impetuoso, y me preguntó qué se decía por fuera. Yo le referí candorosamente lo que había oído decir a mi oficial. Él entonces volviéndose a los demás les dijo con su sonrisa habitual y con una calma que no puedo explicarme: «¿Qué les parece el notición que nos trae Espinosa, que el que cae aquí no vuelve a salir sino para la horca!».

Cuervo era un joven amable, franco y simpático, siempre de buen humor, pero al par de esto, con esa sonrisa estereotípica, conservaba en los mayores peligros y en las situaciones más apuradas una serenidad fabulosa. Era capaz de batirse él solo contra veinte enemigos, con el arrojo de un león, sin que se alterase su fisonomía, sin palidecer un solo instante. Cuervo era en la prisión nuestro consuelo: sus chistes nos hacían reír y su valor nos alentaba; aunque, la verdad sea dicha, la mayor parte de los que allí estaban eran del mismo temple de alma, o, como se dice vulgarmente, cortados por la misma tijera. Pero hago este recuerdo especial de Cuervo —y bien lo merece su memoria— porque él me distinguió siempre mucho.





Al día siguiente comenzaron las ejecuciones. Según ya he dicho, los primeros fusilados, en la plazuela de San Camilo, fueron el coronel Andrés Rosas, el capitán José España y Rafael Lataza. Las detonaciones nos advertían que pronto correríamos la misma suerte y que debíamos estar preparados para ello, momento por momento; así era que cada ruido que oíamos, las pisadas de una persona, el abrir o cerrar de una puerta nos parecía que eran el fatal anuncio y la notificación de la sentencia de muerte. Así debía colegirse del parte de Sámano ya citado, en que decía: «Hoy despacharé con una partida a Pasto 170 prisioneros..., pero retengo a los oficiales para que sufran su pena en Popayán, donde han cometido sus delitos».

Esta alarma subió de punto, y para mí doblemente, cuando al tercer día corren los cerrojos del calabozo y se presenta un oficial preguntando: «¿En dónde está el alférez Espinosa?». «Yo soy», le contesté. Entonces corrió a mí con los brazos abiertos, y estrechándome en ellos, hizo mil demostraciones de gratitud y reconocimiento por un gran servicio, decía, que yo le había prestado, y últimamente me ofreció que hablaría con el brigadier Sámano y que se interesaría por mi suerte. Luego de que volví de aquella doble sorpresa, pude reconocer a un antiguo sargento segundo, llamado Perdomo, que había servido en el ejército patriota. La escena que aquí describo era motivada por el lance que voy a referir: Perdomo se había pasado a las tropas realistas, y tenía ya el grado de teniente, y en una correría que contra estas se hizo por el lado de Patía, cayó prisionero en nuestro poder. Como era natural, fue sentenciado a muerte y conducido al calabozo, de donde poco después debía pasar a capilla. Afortunadamente me tocó el mismo día la guardia, y estando yo sentado fuera de la puerta se me presentó llorando a mares, con el cabello desgreñado y las manos juntas una joven bellísima, a quien el llanto hacía más interesante. Era una hija de Perdomo que venía a rogarme con instantes súplicas que le permitiese al preso salir, porque su madre —la esposa de Perdomo— que se hallaba postrada en cama de una grave enfermedad, deseaba verle por última vez y saber cuál era su voluntad en un asunto reservado, de sumo interés. Con eso que aquella situación me conmovió, y que tanto las lágrimas como la belleza y juventud de la muchacha, y el tono de candor e ingenuidad con que hablaba, me hicieron olvidar de mi posición, para no acordarme sino de mi habitual disposición a hacer el bien, y despertaron la caridad en mi corazón, ya encallecido en aquella vida medio salvaje de las campañas, donde no se hacía más que morir o matar. Al principio rechacé con suma entereza la extraña pretensión de la joven haciéndole ver la gravedad de

las consecuencias, pero ella lloraba más y más, y yo me hallaba colocado en la situación de la pastorcilla de Mora, entre el amor del prójimo y el deber. Al fin cedí, que «¡tanto puede una mujer que llora!». Figuréme, además, que algún día podía yo hallarme en la misma situación, como en efecto sucedió, y al fin, no sin vacilar, llevé a la niña a la puerta del calabozo, y, sin abrirlo, le permití que hablase a su padre por la rejilla, con lo cual él se enterneció mucho. Enseguida le manifesté a este lo delicado del paso que iba a dar faltando a mi deber, y que era una calaverada que podía costarme caro, pero exigí de los dos la promesa formal de que, si salía él preso, no me haría quedar mal y que volvería tan pronto como le fuera posible. Así lo prometieron, y llorando me dijo Perdomo: «No crea usted que yo sea capaz de abusar de su bondad y comprometerlo; a las cuatro de la mañana me tendrá usted aquí». Yo había montado guardia a las cinco de la tarde. Con la conciencia de que estaba faltando a mi obligación, abrí el calabozo y lo conduje al través del cuerpo de guardia. Notaba yo la sorpresa de los que presenciaban la salida, pero era tal el presentimiento que tenía y la confianza en la lealtad de Perdomo, aunque todas las probabilidades estaban en contra de él, que los tranquilicé, sin encargarles ninguna especie de reserva. Mis esperanzas no fueron burladas, y yo, como todos los que eran sabedores del lance, tuvimos que admirar la honradez y lealtad de este hombre: admiración que subía de punto porque precisamente la causa de su prisión y próxima muerte había sido la traición hecha a nuestra causa. A la hora señalada se presentó en el cuartel y fue conducido nuevamente al calabozo. Al despedirse de mí, me dijo: «He cumplido mi palabra por usted y solo por usted, con ningún otro oficial lo hubiera hecho».

A la noche siguiente hubo grande alarma; habían entrado a la ciudad varias guerrillas, y hacían fuego en la plazuela de San Camilo, mientras que en El Ejido atacaban a un pequeño destacamento nuestro. Fue tal el temor, que el jefe de la plaza dio orden de que saliese toda la tropa precipitadamente, y todos los puestos de guardia quedaron sin resguardo para atender al mayor peligro. De allí se distribuyeron diferentes partidas para los puntos donde se decía que estaban los patianos. Perdomo se aprovechó de esta confusión, que tuvo lugar al tiempo de relevar los centinelas interiores, para evadirse y se volvió al enemigo. Cuando supo que yo había caído prisionero y que estaba en el calabozo, fue a verme y a ofrecerme sus servicios. Era ya oficial de los españoles. Tengo por experiencia que el bien que se hace con buena voluntad tarde o temprano es recompensado, por un camino o por otro, y cuando menos se piensa.

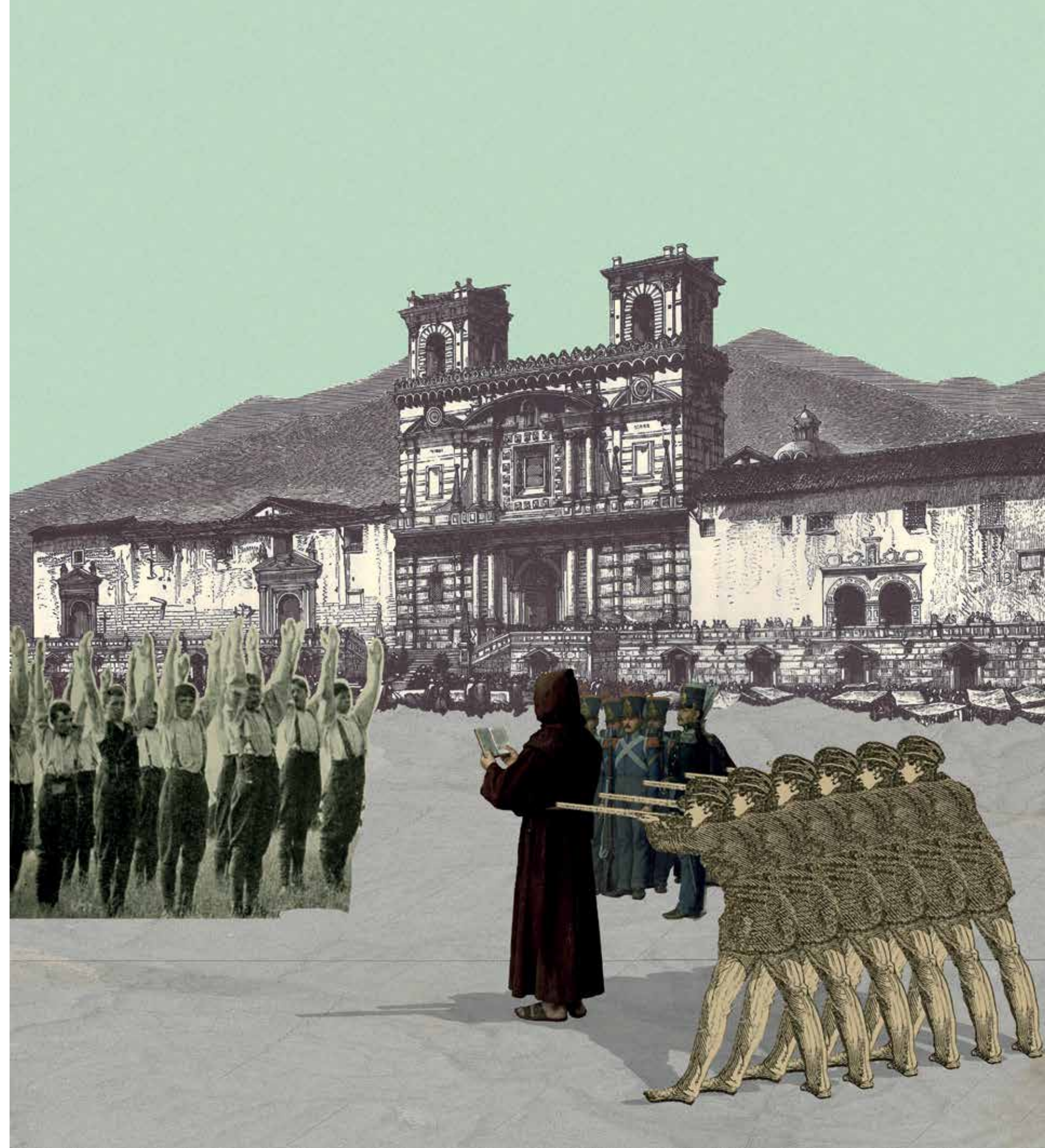


Continuaban los fusilamientos de los prisioneros patriotas. En esos días fueron pasados por las armas varios que estaban en otros calabozos, entre ellos el fogoso Gutiérrez, Matute, Quijano y algunos más, y esto hacía prolongar nuestra espantosa incertidumbre, o más bien ansiedad: hubiéramos deseado ser de los primeros, puesto que al fin había de llegarnos nuestro turno, tarde o temprano.

Hacia más de dos semanas que estábamos presos, cuando un día oímos el toque de generala y mucho bullicio en las calles. A poco rato sentimos los pasos de la tropa que entraba por los corredores de la cárcel; enseguida corrieron el cerrojo del calabozo y se presentó un capitán, que decían era don Laureano Gruesso, el cual nos dijo: «Salgan ustedes». Fuimos desfilando, y al mismo tiempo nos registraban los bolsillos y toda la ropa para ver si teníamos algunas armas ocultas. Bajamos al patio, donde encontramos un piquete de cincuenta hombres, frente a los cuales nos hicieron formar en ala. El capitán, algo achispado, según se veía, comenzó a pasearse por en medio de las dos filas, y en tono de arenga nos dirigió la palabra en los términos siguientes: «Señores, se tiene noticia de que los insurgentes han derrotado al general don Carlos Tolrá en la ciudad de La Plata. En consecuencia, el brigadier don Juan Sámano ha dado orden para que, al oírse un cañonazo, sean pasados por las armas todos los prisioneros que existen en los calabozos de esta ciudad. La alarma es general y no hay sacerdotes que los auxilien a ustedes, y así pueden ir haciendo un acto de contrición y previniéndose para morir».

Como él era el encargado de esta ejecución colectiva, y su razón estaba trastornada por el licor, era seguro que, si por casualidad se hubiese oído el tiro de un fusil, o un trueno lejano, de los que en aquel mes son tan comunes en Popayán, no estaría yo ahora contando el cuento, propiamente.

Rafael Cuervo nos invitaba, por medio de señas muy claras, a que nos lanzásemos sobre los soldados, pero afortunadamente no lo comprendió don Laureano, por el mismo estado en que se hallaba, que, si no, habríamos sido víctimas inmediatamente de aquel brutal popayanejo. Si hubiéramos ejecutado lo que deseaba Cuervo, aun cuando por lo pronto hubiésemos vencido, desarmando a los soldados, se hallaba en la plaza una considerable fuerza formada, que inmediatamente habría acudido, y nos habría sacrificado allí mismo.







14

15

Haría media hora que estábamos, puede decirse, aguardando la muerte por minutos y mirando tristemente, a cuatro pasos de nosotros, las armas con que habían de quitarnos la vida, cuando oímos el ruido de los sables que arrastraban por los corredores unos oficiales españoles que entraron precipitadamente gritando: «¡Viva Fernando VII!». Con eso que la sangre se me heló en las venas, creyendo llegada mi última hora, pero me volvió el alma al cuerpo cuando los mismos oficiales dijeron: «No mueren esos jóvenes porque el que ha triunfado en La Plata es el general Tolrá». Este había salido, en efecto, de Santafé con tropas en dirección a Neiva y encontró en La Plata a nuestro compañero Monsalve, el cual le hizo resistencia y combatió con él valerosamente, pero tuvo que sucumbir por la superioridad de las fuerzas de Tolrá, según se ha dicho antes.

Miramos con gratitud, aunque con altiva dignidad, a aquellos oficiales, y Cuervo dijo en voz bien perceptible: «¡Lo siento en el alma!», aludiendo al triunfo de los realistas. ¡De todos los que nos hallábamos en esa funesta formación no existe ya sino el que esto escribe!... La muerte no ha hecho otra cosa sino aplazar su decreto...

De allí volvieron a conducirnos a nuestro calabozo, donde cada cual hacía sus comentarios, pero donde no teníamos más segura la existencia que media hora antes, pues era seguro que nunca faltaría un pretexto cualquiera para quitarnos la vida, y esos pretextos los tenían a mano; aquello no había sido sino un martirio más añadido a los que nos hacían padecer nuestros verdugos.





Para hacer menos enojosa nuestra prisión nos entreteníamos en contar anécdotas, en recordar nuestras pasadas aventuras y referir nuestras vidas, como los ladrones de Gil Blas. Los aficionados a la poesía hacían versos, casi siempre epigramáticos, contra los españoles, o lamentando nuestra suerte. Yo, llevado de mi buen humor, y de mi afición al dibujo, hice una caricatura de don Laureano Grueso con mi barrita de tinta de China que saqué de Santafé, y que no me abandonó en toda la campaña hasta mi regreso, y sirviéndome de pincel un esparto o paja que mojaba con saliva. Quedó tan parecido y tan ridículo, que fue motivo de larga chacota y risa por todo el día, y para mayor abundamiento la prendieron en la pared metiéndole por la garganta un alfiler que se había encontrado tirado en el suelo.

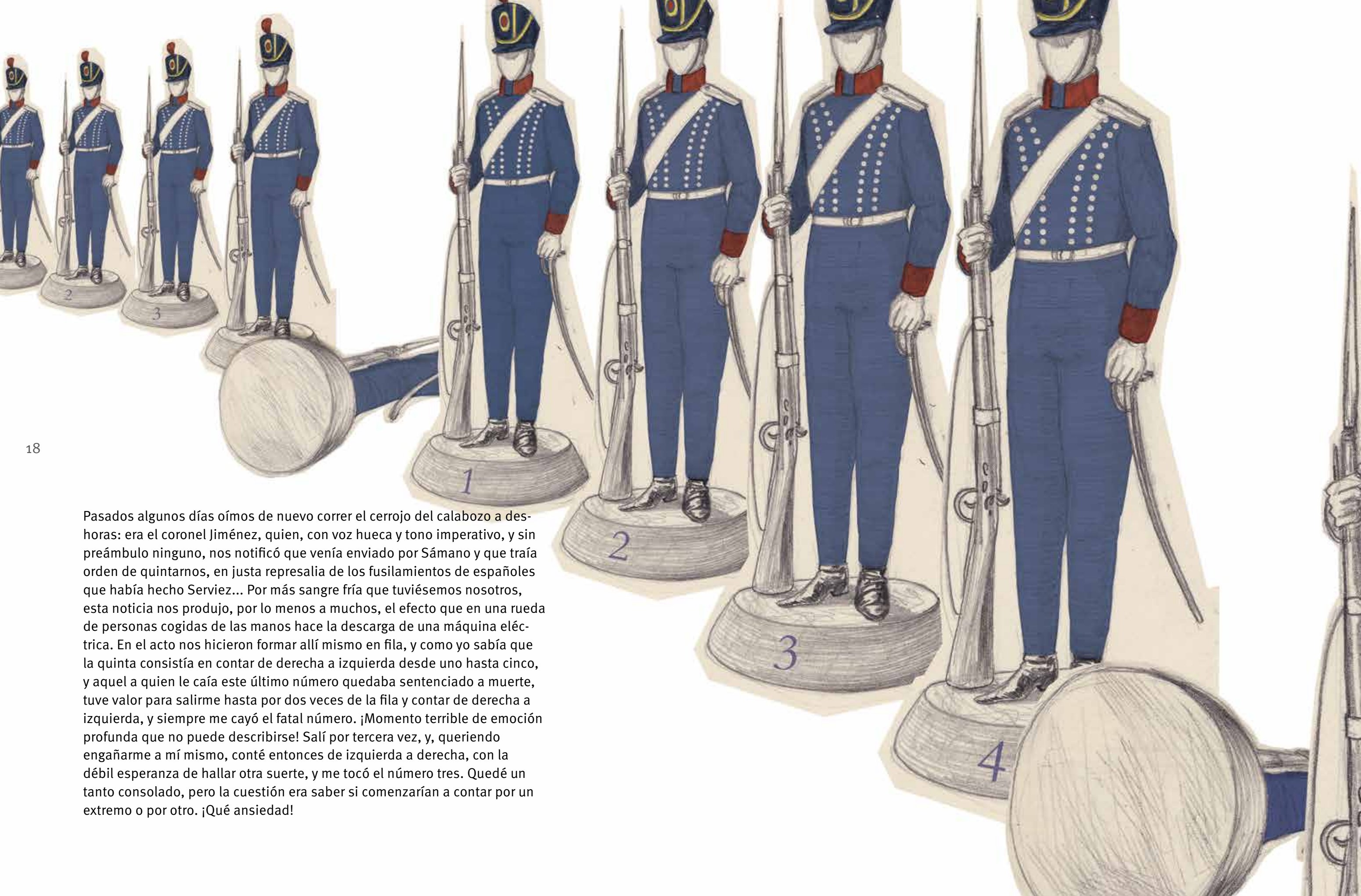
El entonces sargento Florencio Jiménez, a quien llamábamos «el héroe de los bravos dragones de la patria», había inventado un modo singular de divertirnos todas las noches, y era envolver un ladrillo en una ruana o saco, y cuando estábamos a oscuras se tiraba el ladrillo a lo alto y si le caía a alguno, este lo arrojaba de nuevo, con lo cual se armaba una algazara infernal de ayes, gritos y carreras. Hubo vez que el centinela exterior, alarmado, gritase al cabo de guardia que los insurgentes nos estábamos matando, a lo que este contestó: «¡Déjelos usted que se los lleve el diablo!». Por fortuna el calabozo era muy espacioso y tenía muchos tablones atravesados, a manera de las camas de los soldados en las cuadras, y debajo de ellos podíamos

guarecernos, o corriendo de un extremo a otro del salón, pero los mismos tablones ayudaban a aumentar la bulla por el ruido que aquel cuerpo tan pesado hacía al caer sobre ellos. Este sargento Jiménez fue después coronel y jefe del batallón Callao que en 1830 se sublevó contra el gobierno legítimo de don Joaquín Mosquera. En la acción de El Santuario que se dio en agosto del mismo año, Jiménez mandaba las fuerzas rebeldes, y el coronel Pedro Antonio García, compañero y amigo suyo en las campañas del Sur, que estuvo con él en el mismo calabozo y entró también en el sorteo o quinta para ser fusilado, mandaba las tropas del gobierno, y murió en dicha acción. ¡Lo que es la guerra civil!

Un día tuvimos gran diversión, mezclada de rabia y despecho, porque, no sé cómo, llegó a nuestras manos un ejemplar del ya referido parte de la batalla de la Cuchilla del Tambo. Allí fueron las glosas, notas y comentarios que se hicieron a este documento: el uno hallaba una falsedad, el otro una exageración, aquel una ridícula vanidad y prosopopeya del jefe que lo daba, que en verdad poco actuó su presencia en lo más reñido del combate, ni supo muchas de las cosas que allí decía, sino por referencias. Solamente nos indemnizaba algún tanto de esta humillación el ver que al menos se confesaba nuestro valor y nuestra inferioridad numérica. No obstante, alguno replicaba que esa confesión de nuestro arrojo no tenía por objeto sino realzar el suyo, haciéndolo más meritorio.







Pasados algunos días oímos de nuevo correr el cerrojo del calabozo a deshoras: era el coronel Jiménez, quien, con voz hueca y tono imperativo, y sin preámbulo ninguno, nos notificó que venía enviado por Sámano y que traía orden de quintarnos, en justa represalia de los fusilamientos de españoles que había hecho Serviez... Por más sangre fría que tuviésemos nosotros, esta noticia nos produjo, por lo menos a muchos, el efecto que en una rueda de personas cogidas de las manos hace la descarga de una máquina eléctrica. En el acto nos hicieron formar allí mismo en fila, y como yo sabía que la quinta consistía en contar de derecha a izquierda desde uno hasta cinco, y aquel a quien le caía este último número quedaba sentenciado a muerte, tuve valor para salirme hasta por dos veces de la fila y contar de derecha a izquierda, y siempre me cayó el fatal número. ¡Momento terrible de emoción profunda que no puede describirse! Salí por tercera vez, y, queriendo engañarme a mí mismo, conté entonces de izquierda a derecha, con la débil esperanza de hallar otra suerte, y me tocó el número tres. Quedé un tanto consolado, pero la cuestión era saber si comenzarían a contar por un extremo o por otro. ¡Qué ansiedad!





Un ayudante de Jiménez, que llevaba el funesto nombre de “Cornejo”<sup>1</sup>, notó aquellos movimientos y, dirigiéndose a mí, me dijo en tono grosero: «¿Qué baile es ese?, si usted vuelve a moverse le punzo a estocadas».

Pero no era ese el sistema de quintar que iban a emplear con nosotros, sino el de boletas. Estando formados hicieron entrar un niño como de diez años y, poniendo dentro de un cántaro veintiuna boletas enrolladas, de las cuales diecisiete estaban en blanco, y las cuatro restantes tenían escrita una M, se lo entregaron para que fuese pasando por delante de la fila. Entonces vi que había perdido mi trabajo de contar y que era ilusoria la esperanza que tenía de que me tocara el número tres. Cada cual sacaba su boleta, la desenrollaba y la mostraba, y si tenía la M, decía el coronel Jiménez: «¡Dé usted un paso al frente, y pase a capilla!».

Los cuatro a quienes tocó esta desgraciada suerte fueron ¡Mariano Posse, Alejo Sabaraín, José Hilario López y Rafael Cuervo!...

<sup>1</sup> La corneja es ave de mal agüero, pero es más funesto y odioso este nombre por otros motivos que el discreto lector adivinará fácilmente (Nota de José Caicedo R.).



En medio de la alegría que naturalmente me produjo mi suerte feliz, por la que di gracias a la Providencia, no pude dejar de compadecer la de mis compañeros, y me fue imposible contener las lágrimas al verlos pasar al frente, sobre todo al joven López, que era casi un niño, y a mi amigo y paisano Cuervo, a quien tanto quería. Este último, al salir de la fila, metió la mano al bolsillo y con una tranquilidad increíble, sacó un poco de tabaco, lo desmenuzó sobre el papel de la boleta, lo enrolló e hizo un cigarrillo. Sacó luego su recado de candelilla, lo encendió y se lo fumó, diciendo en alta voz: «¡Esta es la suerte que merece este papel y los que me condenan a morir!»...

Si yo no hubiera visto con mis propios ojos y oído con mis oídos lo que aquí refiero, no lo creería tal vez, ni me atrevería a consignarlo aquí, por temor de que se dudase de mi veracidad. Y si no hubiera conocido el carácter de Cuervo y su temple de alma, habría pensado que aquella acción era un esfuerzo supremo de vanidad y afectación para no parecer cobarde. Pero él no tenía necesidad de nada de eso porque lo conocíamos todos muy bien.

Pasaron inmediatamente estos infelices a la capilla, que estaba contigua al calabozo, aunque la entrada era por el corredor, pero en la pared divisoria de las dos piezas había una reja o ventana de hierro cubierta con una cortina de bayeta azul. Aquella noche guardábamos todos profundo silencio, tristes, sobrecogidos y pesados, meditando cada uno en la inestabilidad de las cosas humanas y en la fragilidad de esta tela de araña que se llama la vida. Entregado cada cual a los pensamientos que le inspiraba la situación propia y la de sus compañeros, que dentro de pocas horas habrían dejado ya de existir, no en los campos de batalla, defendiendo su libertad, sino sacrificados como víctimas por la fuerza brutal, estábamos muy lejos de pensar en chistes, burlas ni risas, y solo se oía en el silencio de la noche tal cual suspiro profundo que exhalaba algún preso que no podía conciliar el sueño. Como a medianoche oímos un ruido en la reja de hierro y la voz de una persona que hablaba quedo: era Cuervo que había alzado la cortina y nos llamaba para decirnos: «¡Ande el ladrillo, muchachos!, ¡no se duerman!...». Entonces nos dio a algunos la curiosidad de acercarnos a la reja y mirar lo que pasaba en la capilla; alzamos la cortina y vimos a Cuervo que se paseaba fumando, a Sabaraín, el amante de Pola Salavarieta, en actitud meditabunda, sentado en una silla recostada contra la pared, y a López y a Posse arrodillados al pie del altar, en el que había un crucifijo de bulto y dos luces. Nos guardamos muy bien

de interrumpir aquella lúgubre escena, y volvimos prontamente a nuestros puestos, más conmovidos que antes.

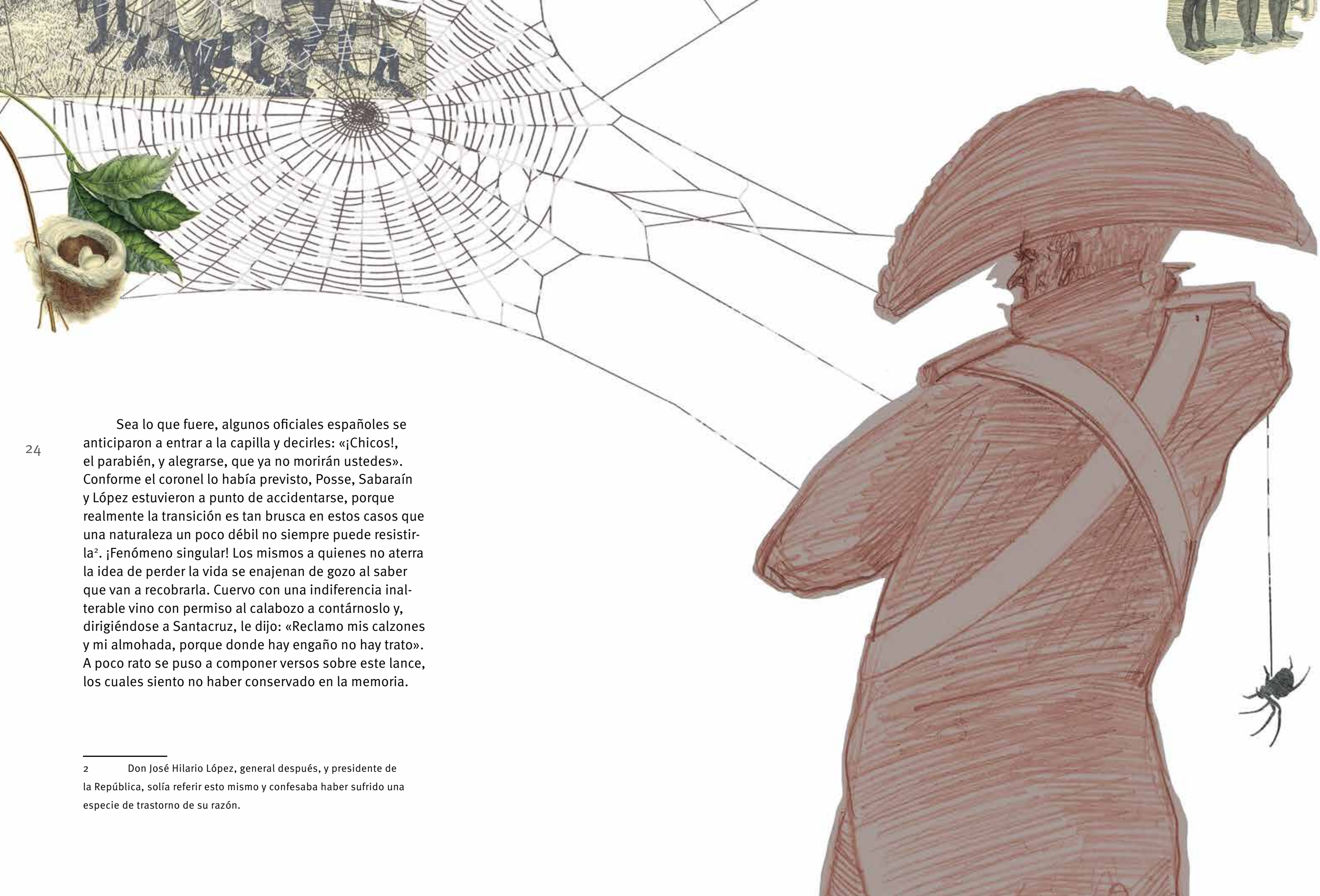
Al siguiente día pidió licencia Cuervo al oficial de la escolta que debía conducirlos al suplicio para pasar al calabozo a despedirse de sus compañeros, y se la concedió: cosa extraña en la severidad y dureza de nuestros carceleros. Al entrar dijo con voz firme: «¡Adiós, compañeros, ya no volveremos a vernos en esta vida! Muero gustoso porque es preferible la muerte a la servidumbre. ¡Solo pido un recuerdo de ustedes para su amigo y compañero!». Y abrazándonos uno por uno, solo recibió por respuesta nuestros sofocados sollozos y fuertes apretones. Cuando llegó al teniente Manuel Santacruz, le dijo: «Ahí le dejo esos calzones y esa almohada, y deme unos tabacos».

Se volvió a la capilla y al día siguiente los sacaron al lugar de la ejecución, en medio de numerosa escolta. López llevaba un Cristo en una mano y en la otra un pedazo de pan que iba comiendo con valor y serenidad admirables. Cuervo saludando a todos con su habitual sonrisa y paso firme, y los otros dos con fisonomía tranquila y la cabeza erguida, sin que en ninguno de ellos se notase la menor señal de miedo o cobardía. A su lado marchaban los sacerdotes que los auxiliaban. Esto lo vimos porque en ese momento nos sacaron e hicieron formar en los corredores para que presenciásemos el desfile de la fúnebre procesión.

Aquellos momentos intermedios entre la salida de los presos y la detonación de las descargas eran un suplicio para nosotros. Dos viejos que estaban también presos en el mismo calabozo, Joaquín Cordero y un tal Machado, se preparaban, como siempre, a hincarse y rezar cuando oyeran los tiros. Pero el tiempo pasaba y las detonaciones no se percibían; al cabo de más de media hora de aguardar en vano, llenos de ansiedad, lo que distinguimos fue el toque de marcha redoblada de tropa que se acercaba a la cárcel; a una dijimos al momento: «¿A que vienen por todos nosotros?», y nos preparamos para salir. Era la escolta que volvía conduciendo a los cuatro sentenciados; adelante entró el coronel Jiménez y nos dijo: «Señores, ya se ha resuelto que no mueran estos jóvenes, porque el virrey Montes ha expedido en Quito un indulto que les comprende, pero no hay que decirles esto porque la sorpresa puede ocasionarles algún accidente, y así pasarán de nuevo a la capilla». Había en esto cierta crueldad: era prolongarles la incertidumbre y el martirio, como dando a entender que solamente se aplazaba el momento terrible.

De otro modo, ¿cómo podía suponerse en estos señores, tanto interés por sus víctimas?





Sea lo que fuere, algunos oficiales españoles se anticiparon a entrar a la capilla y decirles: «¡Chicos!, el parabién, y alegrarse, que ya no morirán ustedes». Conforme el coronel lo había previsto, Posse, Sabaraín y López estuvieron a punto de accidentarse, porque realmente la transición es tan brusca en estos casos que una naturaleza un poco débil no siempre puede resistirla<sup>2</sup>. ¡Fenómeno singular! Los mismos a quienes no aterra la idea de perder la vida se enajenan de gozo al saber que van a recobrarla. Cuervo con una indiferencia inalterable vino con permiso al calabozo a contárnoslo y, dirigiéndose a Santacruz, le dijo: «Reclamo mis calzones y mi almohada, porque donde hay engaño no hay trato». A poco rato se puso a componer versos sobre este lance, los cuales siento no haber conservado en la memoria.

<sup>2</sup> Don José Hilario López, general después, y presidente de la República, solía referir esto mismo y confesaba haber sufrido una especie de trastorno de su razón.





Todo se hacía allí sin prevenirnos, ni anunciarnos las órdenes que se daban. Habíamos permanecido varios días sin saber qué dispondrían de nosotros, pues nada nos volvieron a decir. Una mañana abrieron el calabozo, entró un oficial con el carcelero y comenzó a pasar lista. El que respondía iba saliendo a formar en el patio. Con gran sorpresa mía, todos salieron, menos yo, por lo cual hice presente al oficial que no me había llamado por mi nombre, pero él, sin contestarme, salió, y la puerta del calabozo volvió a cerrarse. Era este un misterio para mí, pues no atinaba con el motivo de tal excepción; de seguro no era para fusilarme, puesto que el indulto debía comprenderme, y, si alguna excepción había, no sería para mí, que era un simple oficial subalterno, que apenas contaba veintiún años de edad.

Sin devanarme más los sesos, tratando de descifrar este enigma, me quedé triste y pensativo, sintiendo la falta que me hacían mis compañeros. La sociedad es tan necesaria en la prisión, que en otros países el encierro solitario se ha sustituido a la pena de muerte, casi como su equivalente, y leemos que Róbinson cuidaba y agasajaba a una araña que vivía con él porque era la única compañía que tenía en su soledad. Me puse a examinar hasta los más oscuros rincones del calabozo, y me entretenía en leer los letreros o inscripciones en prosa y verso que habían escrito mis amigos; entre ellas recuerdo una que reconocí ser de Herrán por la bonita letra que este hacía, inscripción que comenzaba grotescamente: *Quantum melior est mori*, etcétera, cosa que a mí me parecía entonces muy seria y melancólica, y que alguno de nuestros sucesores en el calabozo atribuiría después probablemente a un gran conocedor de los clásicos latinos, o a algún clérigo patriota, sepultado allí por sus fechorías contra los realistas.

Las señoras Valencias, a quienes vuelvo a citar aquí con placer y gratitud, y cuyos servicios y bondades no he olvidado nunca, ni olvidaré jamás, me enviaban de comer: nuevo motivo de pena para mí, que acostumbraba participar de mi comida a los compañeros, y desde aquel día lo que ganaba en ración lo perdía en grata sociedad. Suele decirse familiarmente cuando se invita a alguno a comer: «Comeremos más y comeremos menos»; yo podía decir con tristeza lo contrario: «Comeremos menos y comeremos más». Pero la verdad sea dicha, solo lo excelente de aquella comida me hacía pasar algunos bocados, pues mi estómago se había estragado con tres años de hambres y malos alimentos, a lo que ahora se agregaba la falta de ejercicio y la tristeza de mi soledad.

Un día entró el soldado que me llevaba la comida y se me ocurrió preguntarle si sabía cuál había sido la suerte de mis compañeros, y me dijo que se los habían llevado para Santafé, a ponerlos a disposición de Morillo: nueva pena para mí que aún permanecía tan lejos de mi país y de mi familia, mientras que ellos tarde o temprano tendrían el gusto de estar allá, y darían por bien empleados todos los padecimientos del largo camino.





Diariamente me permitían salir al patio a tomar una ración de sol y un bocado de aire, elementos tan indispensables para la existencia y para la salud, y un día en que me estaba calentando, me llamó la atención un sargento anciano, que me miraba con aire de interés y cariño. Establé conversación con él, y me aventuré a preguntarle en voz baja si sabía cuál había sido la suerte del general Nariño; entonces me refirió que a los dos días de la derrota de Pasto un soldado y un indio, que andaban recorriendo la montaña donde se había ocultado, se encontraron con él y, conociendo que era un jefe patriota, le apuntaron con los fusiles que llevaban; entonces Nariño les dijo: «No me maten y les prometo entregar al general Nariño preso en Pasto, pues yo sé dónde está». Se lo llevaron para aquella ciudad, y cuando entraban los seguía ya una multitud de gente curiosa. Lo condujeron a la casa del general Aymerich, y como este comenzase a hacerle preguntas, le dijo Nariño: «Mándeme usted dar una taza de caldo y después hablaremos». Aymerich, que no lo conocía personalmente, simpatizó con él, y lo atendió, pero el pueblo, que se había agolpado en la plaza con la noticia de la llegada del jefe prisionero, pedía que cumplierse su palabra y entregase a Nariño. Entonces este pidió permiso a Aymerich para salir al balcón y, presentándose al pueblo, dijo: «¡Pastusos!, ¿queréis que os entregue al general Nariño? ¡Aquí le tenéis!...», y volvió a entrar.

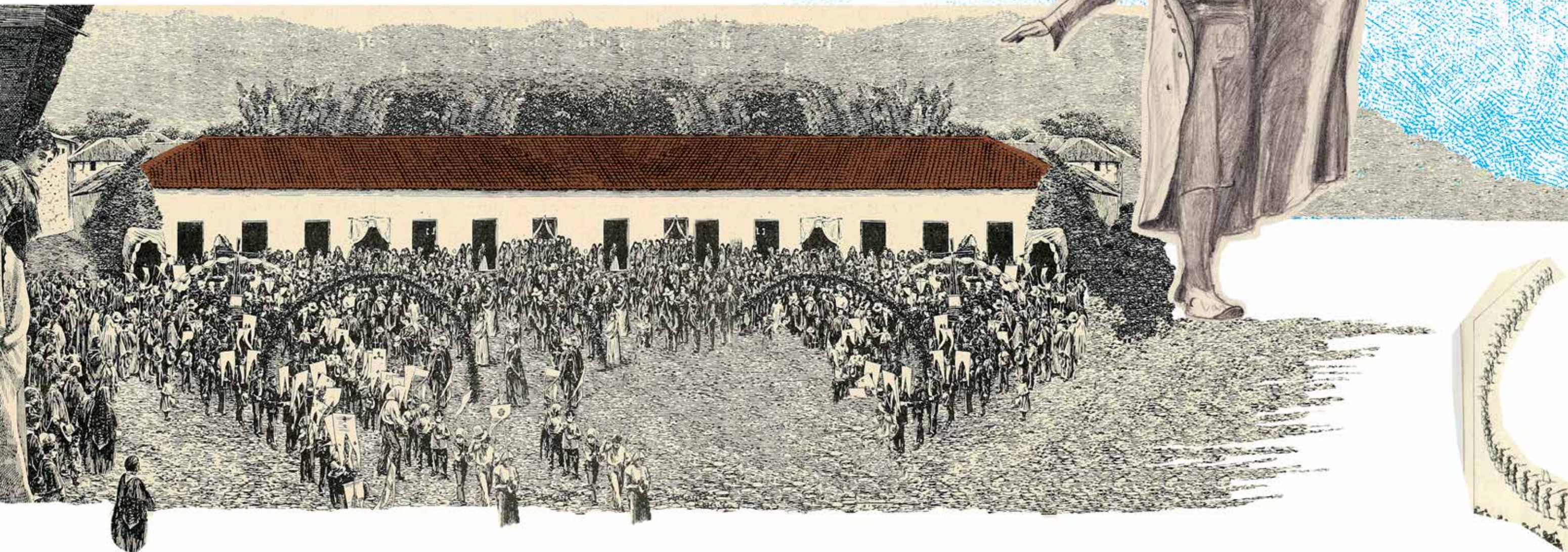
Se sorprendió Aymerich, agregaba el sargento, pero deseando ponerlo a cubierto de cualquier desmán por parte del pueblo, y aun de sus mismos soldados, mandó relevar la guardia de pastusos que tenía en la casa por otra de tropa limeña, y lo retuvo allí mismo en calidad de preso. Le interesaron mucho a este jefe la presencia y maneras de Nariño; desde luego conoció su mérito, y para no ser responsable de ninguna resolución respecto de él, dio parte al virrey o presidente Montes de hallarse el general en su poder. Montes le contestó dándole orden para que le fusilase, pero tal orden no se cumplió. Por segunda vez se reiteró la orden terminante, pero Aymerich no se creyó con valor para ejecutarla, y contestó a Montes que enviaría a Nariño a Quito a su disposición, y añadía que estaba seguro de que Su Excelencia no se atrevería a quitar la vida a un hombre de tanto mérito.

Esta, poco más o menos, y en términos militares, fue la relación del sargento, que después se confirmó. Y en verdad que debemos tributar a Aymerich una acción de gracias, pues, aunque tuvo la mejor oportunidad para dar este golpe funesto para la causa de la patria, y aun tal vez cubrirse de gloria y obtener recompensas, no lo hizo por un sentimiento de noble generosidad. A él debimos, sin duda, el que se hubiese conservado la vida de este grande hombre por siete años más, aunque durante este



tiempo sus talentos, luces y prestigio fueron estériles para la patria, como que duró preso más de un año en Pasto, de donde fue remitido a Quito y de allí a Lima para pasar desterrado a España en unión del obispo de Quito y de otras personas notables<sup>3</sup>, y aun en la Península estuvo mucho tiempo preso en la cárcel de Cádiz. No se figuró este grande hombre, cuando sufría todos los horrores de una larga prisión y en riesgo inminente de ser sacrificado, que algunos compatriotas suyos mal informados, le habían de calumniar algún día, diciendo que desde su prisión había propuesto al gobierno de Cundinamarca que se sometiese de nuevo al yugo español. El incontrastable Nariño, a quien nada quedaba ya que sacrificar sino unos pocos años de vida, viendo su pasado lleno de glorias, ¿habría sido capaz de semejante debilidad, de tan negra traición? ¿Nariño, cuyo regreso al país en 1821, fue saludado por Bolívar con expresiones de júbilo y de gran satisfacción?

<sup>3</sup> Entre ellas el célebre Montúfar, el cual se escapó en Panamá y volvió a Bogotá, donde al fin fue fusilado.





# Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

*Leer es mi cuento 1*

## De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

*Leer es mi cuento 2*

## Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

*Leer es mi cuento 3*

## Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

*Leer es mi cuento 4*

## Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

*Leer es mi cuento 5*

## Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

*Leer es mi cuento 6*

## Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

*Leer es mi cuento 7*

## De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

*Leer es mi cuento 8*

## En la diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

*Leer es mi cuento 9*

## Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

*Leer es mi cuento 10*

## El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

*Leer es mi cuento 11*

## Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

*Leer es mi cuento 12*

## El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

*Leer es mi cuento 13*

## Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

*Leer es mi cuento 14*

## Romeo y Julieta

William Shakespeare (versión de Charles y Mary Lamb).

*Leer es mi cuento 15*

## El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

*Leer es mi cuento 16*

## Meñique

Cuento de José Martí

*Leer es mi cuento 17*

## Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

*Leer es mi cuento 18*

## Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

*Leer es mi cuento 19*

## Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

*Leer es mi cuento 20*

## El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

*Leer es mi cuento 21*

## Fábulas

F. M. Samaniego.

*Leer es mi cuento 22*

## La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

*Leer es mi cuento 23*

## Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

*Leer es mi cuento 24*

## Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

*Leer es mi cuento 25*

## Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

*Leer es mi cuento 26*

## Don Juan Bolondrón

Folclor español.

Fernán Caballero.

*Leer es mi cuento 27*

## Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

*Leer es mi cuento 28*

## Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

*Leer es mi cuento 29*

## Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

*Leer es mi cuento 30*

## Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

*Leer es mi cuento 31*

## Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

*Leer es mi cuento 32*

## La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Usted puede leer los libros digitales de esta serie en:  
[www.maguare.gov.co](http://www.maguare.gov.co)